



IBERIA CARTESIANA

POR LUIS JOAQUÍN BOYA

Digamos que, en general, existen dos sistemas extremos en que los Estados o las Naciones, se articulan con respecto a su Capital:

- El modelo **francés**: Francia y París. Se trata, París, de una ciudad clásica, muy antigua, que aglutina la nación, mucho mayor que ninguna otra ciudad del mismo país, y que es unánimemente reconocida por los nacionales como su centro.
- El modelo **norteamericano**. Estados Unidos con Washington. Se constituye, primero, la nación, y luego se busca una capital, totalmente artificial: se elige el nombre, que no es endémico del lugar, y se edifica esa capital desde cero; se separa un terreno de un estado (Virginia), y se declara el distrito de la capital, separado de los (hoy cincuenta) estados: D.C., *District of Columbia*. Luego, por común consenso, todo el mundo la respeta como capital, legislativa y política.

Veamos un poco en detalle el *modelo francés*: París es una ciudad muy vieja, la antigua Lutecia de los romanos. Antes que los francos diesen nombre a Francia, que se llamaba Galia con César, ya existía París (con el Sena) como ciudad fluvial, capital de lo que luego serían los francos, originarios de la zona fronteriza de Baviera/Turingia con la Alemania de los germanos, que luego serían los alemanes para los franceses y españoles, pero aun teDESCOS para los italianos, teutones para ellos mismos, y también los alamanos (*all men*: todos los hombres).

El país, Francia, está muy centralizado. Las vías importantes arrancan de París hacia la periferia: Lyon-Marsella-Niza en el sureste, Burdeos en el suroeste, Lille en el Norte, Nancy-Estrasburgo en el este, marcan algunas *Autoroutes* que salen casi todas de París. La gente vive cómoda así, y a ningún marsellés se le ocurre pensar en su ciudad como la capital de la nación. En arte, ciencia, además de en política, París es incomparable a cualquier otra ciudad france-



sa. La aspiración de todo profesor universitario, que empieza en provincias, es acceder a París cuanto antes, y todos los valiosos lo consiguen. Los sentimientos autonómicos (Córcega, Bretaña) son, en la práctica, insignificantes, y más románticos que otra cosa.

Francia y París representan el extremo centralizado; pero sin lugar a tanto, el ejemplo francés es seguido por muchos países, desde Inglaterra a Argentina y Méjico. Veamos un poco el modelo inglés. La antigua Londinium es también romana y, aunque

“El país, Francia, está muy centralizado. Las vías importantes arrancan de París hacia la periferia.”



Arco del Triunfo, París.



los celtas ingleses (y más aun los pictos y los scots) eran todavía salvajes en tiempos de César, también adquirieron sentido nacional con Londres como capital. Con matices, Londres e Inglaterra (Reino Unido, para ser políticamente correcto) reproducen el modelo francés; excepto, por ejemplo, que la enseñanza superior no está tan centralizada: Oxford y Cambridge pesan mucho más que Londres desde el punto de vista académico, pero la red de ferrocarriles y de autopistas (*Motorways*) del Reino Unido arranca desde Londres. Incluso las regiones con "aires" separatistas, Gales, y Escocia, reconocen, aunque no lo digan, que Londres es inmejorablemente la capital, y que ellas son muy secundarias en el volumen global del Reino Unido...

Los casos de Alemania e Italia son muy interesantes: esas naciones se forjan en el siglo XIX (ese siglo tan nefasto para España, como luego comentaremos). En el caso italiano, el sabor de la Roma clásica hace de ella la capital indiscutible, pero todo el mundo sabe cual es la capital industrial y comercial. Milán incluso rivaliza con Roma en aspectos culturales, aunque no en artísticos... Y Alemania se unifica en la segunda mitad del s. XIX bajo el impulso de Prusia, cuya capital, Berlín, acaba por superar las ciudades germánicas clásicas,

“Con matices, Londres e Inglaterra reproducen el modelo francés.”

como Hamburgo o Munich. Pero ya la red de *Autobahnen*, establecida en tiempos de Hitler, es más cuadrícula que radial. Con la partición alemana, 1945-1989, la capital occidental es artificial, Bonn, que juega un poco el papel de Washington en los USA..., con Frankfurt como principal núcleo central, hasta que se restablece la capitalidad en Berlín tras la caída del muro. El Berlín reconstruido, tras la larga etapa comunista, es hoy una de las capitales más bellas de Europa...

La revolución científica e industrial del siglo XIX arranca, políticamente, de la revolución francesa pero, técnicamente, de la máquina de vapor (Watt, fines del s. XVIII) y de los científicos ingleses del cambio de siglo: Dalton, Prout, luego Faraday, etc.; pero toma su máximo desarrollo en Alemania, y, de algún modo, favorece su unificación: ella está dirigida por Prusia con su capital al frente. Sin embargo, ya desde Gauss, el centro matemático alemán era Göttingen, aunque pronto Berlín le disputa el puesto, sin arrancarlo del todo; la cultura humanista germana está domina-

da por Heidelberg. ¿Qué decir de los *Länder* con personalidad propia, como Westfalia, o Baviera con su capital, Munich? A regañadientes, y por no ser tan belicosos, los bávaros aceptan la capitalidad berlinesa, pero todo el mundo sabe de los museos de Munich, que compiten con la *Museuminsel* de Berlín...

El modelo centralizado francés está muy repetido, ciertamente: China y Japón son dos ejemplos claros, más el segundo que el primero: la ciudad más habitada de China no es la capital, aunque hoy día por poco; pero de la capital a la tercera ciudad, hay un factor muy grande en población...

Una ojeada a los Estados Unidos, por contraste. El mapa de las autopistas (*Interstate Highways*, I-*nn*) que programó y desarrolló Eisenhower en los años de 1950 sigue los meridianos y paralelos del país: las I pares de oeste a este y las I impares de sur a norte. Washington, la capital, no juega ningún papel preponderante en la red: las grandes urbes, donde se crea la riqueza americana, que les dio la





“El mapa de las autopistas que programó y desarrolló Eisenhower en los años de 1950 sigue los meridianos y paralelos del país.”

supremacía mundial, ya antes de la segunda guerra mundial, son Nueva York, Chicago o Filadelfia (capital temporal histórica), y más desde 1950 Los Ángeles, para no mentar a Dallas o Houston y la vieja Detroit, bastante mayor que Washington... Y el país vive tan feliz. Un industrial o comerciante americano próspero aspira, como mucho, a moverse a Dallas o a Los Ángeles y, últimamente, a Phoenix o a Miami (Chicago y Detroit están en retroceso). Un político, desde luego, aspira a ir Washington, ciudad por otra parte con mayoría negra... En la vida ordinaria de los americanos, la política de Washington no pesa casi nada; el país no es una partitocracia, como el nuestro, sino una verdadera democracia.

¿Hay más ejemplos del modelo americano? Por supuesto; Canadá es similar, donde Toronto superó hace poco a Montreal por la insistencia de ésta en la francofilia. Holanda me viene también a la cabeza, con una especie de tri-capitalidad (La Haya, Amsterdam y Rotterdam), entre las que no hay mayor contraste de tamaño... Suiza es un ejemplo aún más próximo al modelo americano: Ginebra y Zurich pesan mucho más que la central Berna en todo, menos en cuestiones política que, por cierto, se deciden por Referendum muy a menudo.

Si el lector está pensando lo que imagino que está pensando, está en lo cierto. La tesis de este breve artículo es que España se ha equivocado, eligiendo el modelo centralista francés cuando debería haber elegido el modelo americano... y las consecuencias son, entre otras y según mi apreciación, el separatismo (larvado o abierto) de la periferia, que no solo es Euskadi o Cataluña, pues la periferia es mu-

cho más productiva que el centro. Un catalán no tiene nada contra Burgos o Salamanca, pero en el subconsciente impugna Madrid, que se compara mal con Barcelona...

En la reconquista hispana hubo sedes capitalinas itinerantes, hasta que Felipe II fijó la capital; pero Magerit era un pueblucho árabe desconocido, en el centro geográfico del país eso sí, que se eligió como capital por su centralidad. Los orgullosos madrileños nativos deberían saber (o recordar) que en tiempos romanos, con Barcelona (Barcino), Sevilla (Hispalis) o Zaragoza (Caesar Augusta) ya florecientes desde siglos atrás, el espacio del actual Madrid era un insignificante solar deshabitado de la provincia romana de la *Tarraconensis*...

Hasta hace poco, Madrid capital era segunda a Barcelona en población (en 1940: M: 1088000, vs. B: 1081000), no digamos en industria o comercio. El primer ferrocarril español iba de Barcelona a Mataró; para no hablar de la Ópera (*Gran Teatre del Liceu*)... o del trazado de la ciudad (el *Eixample*). La “chulería” de Madrid se nota hasta en el deporte; solo un entrenador extranjero afincado en la Capital podría decir, después de que su equipo perdió 5-0 contra el otro, que en una valoración personal, 0-10, él se merecía 12...

El franquismo desarrolló Madrid mucho, pues las dictaduras tienen que ser centralistas. Pero incluso las primeras autopistas, construidas con Franco, fueron la Bilbao-Barcelona y la



Iberia cartesiana

Barcelona–Algeciras que, aún hoy día, no llega a Almería... Curiosamente, con la democracia la diferencia entre nuestras dos mayores ciudades ha aumentado... en parte por culpa del solipsismo catalán.

Es instructivo recordar nuestra trágica decadencia a lo largo del s. XIX, al mismo tiempo que se consolida la Europa moderna, política y tecnológicamente: en España comienza el siglo con la gran derrota frente a Napoleón; siguen tres infaustas guerras civiles, una reina frívola, un ensayo republicano fallido, el golpe de Pavía, y la derrota contra USA con la pérdida de Cuba: el siglo de consolidación del mundo moderno es para España el de mayor decadencia. La industrialización comienza tímidamente en la periferia (Bilbao y Barcelona: minería & altos hornos, y textiles), mientras en

Madrid se divierten con la Corte y en los jardines de Las Visitillas: es natural el nacimiento del separatismo catalán y vasco, ante el contraste de esas dos regiones y la Capital: laboriosidad frente a politiquero y diversión. Pero España, por la influencia mimética francesa, recién la etapa napoleónica, establece todo en la capital: la red de ferrocarriles y carreteras nacionales (N I a Irún, N II a Barcelona/Francia... hasta la N VI a La Coruña: el "kilómetro cero" es la Puerta del Sol); de Zaragoza a Valladolid (365 Km) se llega mucho más rápido pasando por Madrid (320 + 190 Km). Franco, aunque muy centralista, inició las autopistas, como ya señalamos, no radiales, pero la democracia las detuvo: como decía un diputado valenciano las autopistas "son de derechas".

El efecto del centralismo es verdaderamente desgarrador en Aragón, que une a su desertización la emigración laboral a Cataluña y a Valencia, pero la cultural a Madrid: aun hoy día, Goya o Ramón y Cajal están más presentes en Madrid que en Zaragoza (Joaquín Costa no, pero es "maldito" en algunos sectores conservadores); muchos científicos aragoneses notables se nos fueron a la Cibeles; se nos llevan los alcaldes, aunque nos devuelven alguno... Encima, algún medio de comunicación zaragozano excita el anticatalanismo, pero ignora el peligro, mucho mayor, del centralismo madrileño. Es triste decirlo, pero la situación aragonesa ha empeorado con la democracia y las autonomías: nuestra Facultad de Ciencias competía, antes, por un honesto tercer lugar en España, pero ahora hay varias Universidades, incluso "de provincias", cuyo nivel de inversión y de producción supera a la de Zaragoza... Los pueblos de nuestra región se han empobrecido (comparativamente con las ciudades) con la autonomía... no hay más que darse una vuelta un domingo por los desiertos aragoneses.



El deseo de la Unidad Ibérica, patente y explícito recientemente hasta en el occidente lusitano de la península (incluido el escritor Saramago), es desoído desde el gobierno, que ni siquiera reaccionó cuando los ingleses, ante nuestra debilidad, amplían el espacio vital de Gibraltar... Hubo una persona que me decía, medio en broma, ya hace mucho: la unidad ibérica es tan necesaria para España que sería preferible que los portugueses nos invadiesen, forjando Iberia de nuevo, que seguir con la absurda partición actual. ¡Qué contraste con Estados Unidos: el país va de mar a mar, y tiene un solo idioma, aunque la mezcla de inmigrantes y sus lenguas es mucho mayor que aquí. En deportes y en cátedras, Canadá está completamente enlazado con los Estados Unidos, mientras que España y Portugal se dan la espalda... por culpa de los dos.

Una Iberia descentralizada incluiría a Lisboa y Barcelona como motores (una mirando a América, la otra a Europa), como Los Ángeles, Chicago y Nueva York lo son en USA; con la tecnología moderna, se podría pensar incluso en una tri-capitalidad. Los ejes naturales, como Barcelona – Zaragoza – Oporto, Valencia – Toledo – Lisboa o Bilbao – Madrid – Málaga ni se piensan siquiera... ¡qué falta de imaginación! Así nos va.

Luis Joaquín Boya

Miembro del Senatus Científico
Dpto. de Física Teórica
Facultad de Ciencias
Universidad de Zaragoza



Sagrada Família, Barcelona.
www.zaragozaciudad.net